

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR / SÉPTIMO DOMINGO DE PASCUA

A lo largo de este tiempo de Pascua, hemos reflexionado sobre cómo Cristo resucitado nos encuentra en medio de nuestro miedo, camina con nosotros en medio de nuestra confusión, nos guía como nuestro Buen Pastor, se revela como el camino a seguir y pone Su Espíritu en nuestro interior. Esta semana, el recorrido de Pascua nos lleva hacia algo externo. En muchas diócesis, la Iglesia celebra este domingo la Ascensión del Señor, mientras que otras la celebran el jueves. En cualquier caso, se nos llama a participar en mismo misterio: Cristo asciende al Padre, no para dejarnos, sino para enviarnos hacia adelante.

Esta es una verdad relevante para quienes nos hemos visto afectados por la adicción o apegos dañinos. La sanación nunca está destinada concluir en nosotros. La paz, claridad y libertad que empezamos a recibir no son regalos destinados a permanecer en nosotros. Están destinados a moldear cómo vivimos, amamos y acompañamos a los demás. Así como los discípulos fueron formándose al tiempo de ir caminando al lado de Jesús, nosotros también nos transformamos al recorrer el camino junto a Él, para luego ser llamados a compartir la esperanza que hemos recibido.

Antes de ascender al Cielo, Jesús da a sus discípulos una misión clara (Mateo 28:18-20): “*Vayan, pues, y enseñen a todas las naciones... enseñándolas a cumplir todo cuanto yo les he mandado; y sepan que yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo.*” Fijémonos que Jesús da tanto una comisión como una promesa. Él los envía, pero no solos.

Esto refleja una verdad fundamental en la recuperación. Ninguno de nosotros se curó en aislamiento. Alguien escuchó sin juzgar. Alguien nos ayudó a entender los límites, la entrega y la confianza en Dios. Alguien compartió con honestidad sobre el miedo, el resentimiento, la permisividad o el desapego, y al hacerlo nos ayudó a ver con más claridad nuestro propio camino. En algún momento, lo que se nos dio gratuitamente pasó a formar parte de nuestra sanación. Después,

muchas veces antes de sentirnos completamente listos, empezamos a reconocer que lo que hemos recibido está destinado a transmitirse.

Este es el espíritu del Paso Doce que se vive en la recuperación familiar. Transmitir el mensaje muchas veces se parece a estar presente de manera fiel: dar la bienvenida a un recién llegado, escuchar a alguien que sufre, compartir honestamente en juntas, apadrinar o amadrinar a otra persona u ofrecer un apoyo basado en la humildad más que en el control. También puede significar convertirnos en una presencia más sana dentro de nuestro propio sistema familiar: menos reactivos, más centrados y confiando más en Dios.

En *La Espiritualidad de la Imperfección*, Ernest Kurtz y Katherine Ketcham escriben: “En las relaciones de unión damos recibiendo y obtenemos dando” (p. 83). Esto es profundamente cierto en la recuperación. Descubrimos que el servicio no es otra carga que debemos llevar. Se convierte en una fuente de fortaleza espiritual. Conservamos lo que tenemos regalándolo.

Las primeras lecturas a lo largo de la Pascua nos han mostrado la transformación de los apóstoles. Eran temerosos, confundidos e imperfectos, pero por medio del Espíritu Santo se convirtieron en testigos valientes. Pedro, que antes negó a Jesús, se convirtió en un líder valiente. Su utilidad no surgía de la perfección, sino de la voluntad.

Esa misma verdad aplica a nosotros. No necesitamos que todas las relaciones estén resueltas o que cada herida completamente sanada antes de que Dios pueda obrar en nosotros. Nuestras luchas, compartidas con honestidad, pueden convertirse en una fuente de esperanza para otra persona. La paz que estamos aprendiendo a recibir puede convertirse en paz que ofrecemos como ayuda.

A medida que la Pascua termina y Pentecostés se acerca, se nos recuerda que la recuperación no se trata solo de sobrevivir a la lucha de otra persona. Se trata de convertirse en hombres y mujeres

que viven de manera diferente: personas moldeadas por la gracia, fortalecidas por la comunidad y enviadas con un propósito.

Cristo ha ascendido a los Cielos, pero no nos ha abandonado. Permanece con nosotros siempre: en la Eucaristía, en la oración, en la comunidad y a través del Espíritu que está vivo dentro de nosotros. Lo que hemos recibido está destinado a compartirse. Mientras seguimos en la recuperación, se nos llama no solo a seguir a Cristo, sino a convertirnos en signos de Su esperanza para otros.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Quién te ayudó a comenzar a sanar de formas que no habrías podido encontrar por ti mismo(a)?
- ¿Cómo se te invita a compartir con otros lo que has recibido en la recuperación?
- ¿Cómo percibes el estar presente de manera fiel en esta etapa de recuperación?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Hechos 1:12-14

SAL. RESP. Salmo 27:1, 4, 7-8

SEGUNDA LECTURA 1 Pedro 4:13-16

EVANGELIO Juan 17:1-11a